

VICTORINO AYALA

Analectos

SAN SALVADOR
AMERICA CENTRAL
1925

02333

IMPRESA NACIONAL

En la celebración del IV Centenario
de la Fundación de San Salvador

Escamo. Sr. Presidente de la República.

Honorables miembros del Gabinete,

*Honorables Representantes
de los Poderes Legislativo
y Judicial, de los Cuerpos
Diplomático y Consular, del
Clero y del Gremio Militar,*

Señoras y señoritas, e

Conciudadanos en general:

Por doquiera, animación y alborozo.

Los cañones, los petardos, las campanas, las flores, aun las brisas: en una palabra, la vida plena de la capital, forma ahora un matiz y un concierto raros, cuyo núcleo de convergencia es el recuerdo de la fundación de la primera San Salvador,

chicuela acaso de humilde enfaldo en su niñez, y al presente señorita gentil, exornada de honesta pero valiosa orfebrería.

Todos ponen su festón, y en fonema vario, cada cual *frasea* la emoción que lo impulsa.

Tócame a mí, integrar con algo el programa del día.

Versa mi cometido, en referirme: 1º., al Triemblema que dentro de pocos instantes pondrá en manos del Excmo. Sr. Presidente de la República, Dr. don Alfonso Quinóniz Molina, el Sr. Alcalde Municipal, Dr. don Miguel Angel Montalvo, a nombre del Ayuntamiento capitalino; y 2º., al relato historial del suceso en recordación y la colocación de la primera piedra del monumento que hará perpetua la memoria del mismo suceso.

EL TRIEMBLEMA

Lo componen, una Llave, un Ave-Fénix y una Cruz.

Trivial es el conocimiento de lo que significa la llave de una ciudad. Es simbólica de la autoridad que en ella se ejerce y que se entrega a

quien la merece, para el mejor bien de la comunidad. Esa llave de que ahora me ocupo, simboliza el primer acto con que al fundarse la villa de San Salvador en el llano de la Bermuda, se inauguró para la familia salvadoreña la senda de una orientación mejor, haciéndola entrar en concepciones nuevas y concordes con la civilización que aun preconizamos de más perfecta; esa llave, pues, abriera la puerta por donde entramos a esa civilización que lleva veinte siglos de luchas, de leves y de graves sinsabores, pero de transformaciones que cada vez han venido atenuando y dulcificando la asperidad y el acíbar con que, nos cuenta la Historia, el hombre arrancó y tomó rumbo a sus destinos. Esa llave, digo, que significa la autoridad que de turno en turno ha venido depositándose en los respectivos funcionarios que han venido rigiendo nuestra conducta moral y jurídica para llegar a ser lo que somos, es prenda de inapreciable valor.

¡Qué presea tan bella de la que es depositario el actual Ayuntamiento capitalino!



Adherida a esa llave está un Ave-Fénix, símbolo de la misma San Salvador a través de su doliente pero gloriosa historia.

Primero, la Naturaleza física, cual si un Jove tonante caprichoso la manejara, lanzó sus haces de fuego a los primitivos fundadores, que, sin una varilla de Franklin para domeñar las coléricas tempestales, tuvieron que abandonar sus moradas y plantar nuevas tiendas en este valle que da base al Quetzaltepec, sin pensar que esa «ballena» (1) monstruo y como adormecida, vigilaba sus momentos no tan sólo para arrojarles la ignea y devoradora sangre de sus entrañas sino también para sacudirlos tantas veces cuantas bastaran a ahuyentarlos.

Pero hé ahí que aparece por primera vez el carácter aceríneo y pertinaz de la raza, y, nunca vencidos nuestros predecesores, siempre a raíz de las catástrofes se han ufano de reaparecer entre los

(1) Así ha llamado alguien al volcán, llamado ahora de San Salvador.

escombros, con gesto desdeñoso al infortunio y ademán imponente hacia el cenit.

Fechas sombrías de insólito dolor, hasta de cruentas huellas: 1815, 1839, 1854, 1873, 1880, 1917, 1918, 1922, colman una serie de desventuras que nuestra San Salvador heroica ha padecido, quedando exangüe y abrumada; pero de esas noches de luto la hemos visto a la siguiente aurora surgir rejuvenecida e irradiante con las ostentaciones del triunfo y la victoria.

Asimismo en la política, ha sido tempestuosa, convulsiva y dolorosa la vida de nuestra San Salvador. De estatura diminuta, cual un Roldán o un David frente a gigantes, más de una vez se irguió altiva, austera y abnegada, siempre que se tratara de defender o hacer cumplir los fueros de su personalidad y los de la civilización en general. Así se presentó con Delgado, frente al Imperio Mexicano, defendiendo ella sola los principios republicanos y democráticos. De semejante capital, lógico era que se desarrollara una nación viril y generosa. En efecto, El Salvador ha sido siempre así, y

así se presentó en unión de sus hermanas ante Walker, quien intentó sembrar la esclavitud en Centro América, porque nos juzgó sub-raza apropiada para sierva de una raza *superior*. Y siempre ha tenido que habérselas con adversarios de más fuerte talla. Y cuántos sacrificios ha sufrido por llevar el camino del honor y el progreso, no con finalidades egoistas sino de alcance universal, comparables quizá con las visiones sublimes del don Alonso Quijano de Cervantes. No como sus congéneres San Marino y Andorra ha tenido una existencia de pasividad y de calma; ha querido mejor una dinámica fragorosa con tal de obtener en sus triunfos de palmo a palmo, que el progreso y la civilización la declaren apta y digna de grandeza entre los grandes, por su valor moral y sus propósitos leales y altruistas. El Salvador debe sus frutos a su Cerebro: San Salvador; San Salvador la mártir, pero abnegada y triunfadora.

Bien se adecúa, pues, a ella el símbolo del Ave-Fénix, porque siempre de las cenizas, escombros y vicisitudes, ha reaparecido más gallarda

con lozanas de juventud y un nuevo matiz en su plumaje.

* * *

El Triemblema se integra, por fin con la Cruz.

¿Qué es la Cruz, qué significa?

Allá en las profundas antigüedades de la Ciencia, cuando ésta no podía escribirse ni divulgarse con expresión directa y franca a causa del estado de ignorancia y que por lo mismo era perseguida, los sabios se valían de signos para expresarla sin peligro de ser descubiertos como *malhechores* y sacrificados como tales.

Cada fenómeno o conclusión científica se representaba con un signo, y de él se valían los auzos y divulgadores de la Ciencia para poder referirse a ellos.

Así, por ejemplo, con las frases simbólicas «puerta del Cielo» y «puerta inferior» o de las sombras, se referían a los sublimes fenómenos de los equinoccios.

Pues así también, hecho el estudio y llegado al principio básico de la procreación de los seres, hubo de

establecerse un signo *ad hoc* que lo representara.

Dos piezas de madera, rectas, encajadas, quedando recíprocamente la una perpendicular a la otra, dieron la figura que hoy llamamos Cruz, significando la unión del masculino con el femenino, o de otro modo, fué el símbolo de la generación.

Y en verdad, esa figura, denominándole sus partes, *cabeza, brazos y pié*, fácilmente hace interpretar la silueta de un cuerpo humano.

Yo no recuerdo la evolución inmediata que sufrió ese signo; pero ello es que le fué suprimida la parte que le corresponde a la cabeza y quedó con la forma de nuestra T, que, como es sabido, corresponde a la Tau griega, casi de igual forma.

La Tau griega fué símbolo misterioso. Así, en la forma de T se usaba un objeto manuable al que se denominaba Tau o Tao y era signo de autoridad, de dominio. A un golpe con él, se daba una orden o aviso, y la obediencia era consecutiva. Ese objeto corresponde en la forma al nuestro conocido por *martillo*.

Haciendo omisión de otras consideraciones, importa llegar al tiempo

en que Herodes el Grande y Poncio Pilatos, recrudecieron la persecución de las nuevas ideas que ya venían abriéndose campo: persecución en la que se vió envuelto el Máximo Divino que en Galilea provocó la revolución sociológica que culminó en la civilización presente.

Con el criterio dominante en aquellos tiempos, la Cruz se usaba para sacrificar enclavados en ella a los malhechores; el signo científico había degenerado a instrumento de barbarie. Y el Divi o Jesús fué declarado malhechor, y como malhechor murió en la Cruz.

Qué malhechor tan eminente!.....

Qué malhechor tan glorioso!.....

El Divino Jesucristo brindó su vida al Mundo y con ese beatífico regalo marcó la amplia y esplendorosa vía de que gran trecho vamos recorriendo cada vez con perfectibilidad mayor, en pos de la suma VERDAD y de la suma bienaventuranza.

Con la muerte de Jesucristo en la Cruz, reaccionó el significado de ésta, y ahora es sí no de copiosa y bellísima idealidad. Es símbolo del dolor triunfante; es símbolo del martirio que glorifica, de la virtud que

redime, de la lucha por todo el bien humano, que es escalón próximo a la Suprema Altura: es símbolo de la fé, que busca y camina, en pos de la Entidad Primera que explique la razón de ser del Universo, que la Ciencia en su aspecto positivo no ha podido encontrar, pero que en su potencialidad espiritual ha dicho al hombre desde su origen, que habrá de encontrarla y conocerla si convierte la dualidad de su sér en la esencia pura que armonice con la Suma Pureza que promueve toda la existencia universal.

Què, entonces, puede agregársele de sublime a la sublimidad de ese símbolo? . . .



Excmo. señor Presidente:

Habéis escuchado bondadoso el elogio que pobre de galas he hecho de esos simbolos con que el Honorable Ayuntamiento capitalino os hace obsequio en estos momentos de supremas y justas alegrías.

Suficientemente digno sois de ser donatario de esas prendas de incal-

culable valor espiritual. Digno sois de que en estos momentos en que tenemos quizá con más amor que nunca la imagen venerada de la Patria, queden en vuestro poder joyas tan significativas como esas, para que en todo tiempo recordar podais el homenaje del cariño de los buenos ciudadanos interpretado justicieramente por la más alta autoridad municipal de la República.

Vuestra obra es patente, como trascendental y magnífica es. No podía ser de otro modo. Fuisteis eficiente factor de aquella corta pero brillante administración del doctor Manuel Enrique Araujo, hombre que esparció toda semilla de bienes por todo el campo de la actividad nacional: semillas de luz que aun alumbraba, semillas cuyas plantas siempre verdean y desarrollarán siempre.

Y permitidme que tome esta oportunidad, para deciros, que los amigos vuestros que desde entonces supimos comprender vuestra idoneidad para administrar la cosa pública, nos sentimos orgullosos y satisfechos de haber cooperado con algo siquiera para que obtuvierais la Suprema Jefatura que acertadamente desem-

peñáis; porque, en verdad, hecha una que otra excepción explicable, habéis correspondido, en pro de los intereses generales de la Nación, los principios básicos de la propaganda que os hizo accesible la cima del Poder.

Nada más justo, por consiguiente, que en medio del grandioso homenaje que ahora se tributa a la Patria, recibáis el vuestro, por la benemérita labor con que habéis contribuido a enaltecerla aun más.

Recibid, pues, esos obsequios con que os distingue el Ayuntamiento capitalino, y que ellos os sirvan de estímulo peregrino para que continuéis la finalidad ansiada: hacer de nuestra amada San Salvador un faro en donde siempre encuentre luz el pensador que por ella pase en pos de la incesante civilización.

La Fundación

LA PRIMERA PIEDRA

Desde que Juan Bautista Vico introdujo sistemáticamente la filosofía en el estudio de la Historia, ésta tomó

el carácter de ciencia sociológica, y con ella no se conoce ya solamente la fisonomía del hombre y de las naciones sino que también se los descubre y utiliza su psicología. De allí la importancia básica de la historia, en su doble contenido, material e ideal, para la biografía de las naciones: premisa fundamental de que se vale la Sociología al dirigirles la conducta buscándoles más segura y próspero porvenir.

Pueblo sin historia: pueblo ignorado y vacilante en la orientación de sus actividades.

Entre más completa y auténtica es la Historia de un pueblo, más cualidades y ejecutorias tiene que ostentar frente a los otros para ser colocado en el puesto que le corresponde, y más capacidades, para,— conociéndose así mismo, sabiendo lo que es y lo que vale,— formar el decálogo de sus principios en la vida de la comunidad humana; porque la Historia es, como limpio espejo ante el cual podemos vernos a diario para notar por lapsos nuestros cambios fisonómicos, o como cinta cinematográfica de rotación perpetua en la que podemos ver repeti-

damente las varias manifestaciones de la vida de los hombres.

Así, a las grandes naciones, la presencia continua del cuadro de su Historia las ha hecho conscientes de su grandeza; por su Historia se han hecho conscientes, videntes y convictas de sus grandes destinos y por ello su vida camina siempre en pos de ideales, entre los que entra el de escribir su misma Historia. Y ella las ha hecho y las hace más grandes.

¿Qué son, pues, y qué serán los pueblos sin Historia?.....

Y la Historia no se escribe solamente en libros. El monumento, el templo, la columna, la pirámide, la estatua antiguos, nos denotan lo que fueron los pueblos que los construyeron. Esos elementos que nos hablan de historia, completan la acción del libro.

En Francia, aun más vivos conservarán ciertos hechos de grandeza. El fonógrafo dirá en los tiempos futuros lo que sus grandes hombres dijeron en momentos supremos de lucha, de victoria y demás. El disco está guardado conteniendo la voz natural de oradores, de fun-

cionarios, que han hecho obra por la Patria, y la juventud de siglos venideros podrá juzgarlos con mejor acierto, porque, como dice Cormenin, para juzgar con toda perfección a los hombres del pasado, precisa conocerles su temperamento, sus movimientos, su actitud, su mímica, su voz, etc., etc., cuando hablaron o hicieron.



Ahora bien: si tanto valer tiene la Historia de un pueblo, deber imprescindible es hacerla si no existe, o agrandar y perfeccionar la que incipiente exista.

La Historia nuestra, puesta al conocimiento en el aula y a las masas, ha sido por demás incompleta, ya desde el punto de vista filosófico, ya desde el punto de vista puramente descriptivo. La Historia que hemos conocido es parcial y carente de una amplia discusión filosófica. Hemos juzgado a hombres e instituciones fundándonos nada más que en hechos narrados por gonfaloneros o legionarios de un bando interesado en su respectivo cam-

po. Hemos acometido por ejemplo, al grupo del clero que fué adverso a Matías Delgado y a la Independencia, sin tomar en cuenta el criterio que cimentó su actitud; a su vez algunos partidarios del clero han atacado a liberales, sin poseer la buena fé con que éstos actuaron.

Cuantos traspiés y fracasos hemos cometido en la crítica sociológica, por carecer de historia filosóficamente construida ni siquiera completa en todos los hechos que se sucedieron en opuestos campos, para poder compararlos y discernirlos.

No ha sido sino de algún tiempo no lejano, que se ha movido entre nosotros el espíritu de investigación de nuestra verdadera Historia.

Y ha bastado ese movimiento, de ayer podemos decir, para que el alma nacional la hayamos visto y la veamos henchida de impulsos grandiosos, dirigiéndose co verdaderas y definidas miras patrióticas, al grado de que ya queremos Historia, ya trabajamos por construirla, y a la vez perseguimos propósitos elevados y eficientes que nos lleven al ideal

supremo de unirnos en fusión más íntima y perdurable con la Madre que nos acaricia desde las riberas del Manzanares, el Guadalquivir, el Duero y el Tajo: previsión patriótica de defensa internacional para el porvenir.

Y a ese movimiento pro-historia se debe que ya conozcamos en grado que mucho satisface, la pléyade de nuestros próceres, que tengamos un monumento consagrado a su obra, y que exista una propensión que se caracteriza de vehemencia, para descubrir todo lo grande que contenga nuestra vida nacional, a fin de plastificarlo, mostrarlo al pueblo, y hacerle los homenajes que le son merecidos.

El objeto que en estos momentos nos tiene aquí congregados comprueba mis aseveraciones.

Aquí está representada el alma nacional, nuestros corazones palpitan incitados por una idea que se realiza y que ya será página escrita y enseñada. Vamos a plastificar un hecho trascendental que marcó época dando origen a la determinación y constitución a lo que hoy forma la familia salvadoreña. Me

refiero a la colocación de la primera piedra del monumento que conmemorará la fundación de San Salvador.

Señores:

El Ayuntamiento capitalino que en la actualidad funciona, determinó y señaló el día primero de abril para celebrar tan magno suceso.

Y aquí se adecuaba una explicación, aunque breve.

¿Fue el día primero de abril de 1525 la fundación de San Salvador?

Conocida es la discusión que se abrió en nuestra prensa y en algunos centros científicos, haciendo labor de filosofía histórica, que, como antes he dicho, no la tenemos completa ni exacta en nuestros anales.

Divergen en haber habido respecto al año y el día. Temerosos de dar conclusiones que, fundadas en los documentos que hoy se conocen puedan resultar después reargüidas por otros de mejor autenticidad, se buscó lo probable que más se acerque a la certeza.

La Academia Salvadoreña de la Historia, con vista de las opiniones de la prensa, de la particular con

que la honró nuestro bien reputado científico don Jorge Lardé y de las obras históricas a su alcance, dió por conclusión, que San Salvador se había fundado en un lapso comprendido entre los últimos meses de *invierno* de 1524 y el 6 de mayo de 1525. (1)

Hay un dato que aun no se tiene como perfectamente autenticado y que hace ver que la fundación fué el 10 de abril.

Como ese día queda en el periodo que tiene mayor grado de certidumbre, es consecuente que se haya elegido para la celebración centenaria. Así formó su criterio el Honorable Ayuntamiento; porque, además, ante el deber de reverenciar con el recuerdo un suceso magestuoso, cede el detalle de que el homenaje se tribute en fecha perfectamente definida.

(1) Como miembro de la Academia tuve oportunidad de tomar parte en esa conclusión. Se puso «últimos meses de invierno» en vez de «últimos meses del año», por conservar el texto literal del documento que sirvió de base; pero es de interpretar que ese documento se refiere a los últimos meses del año, pues de antaño se acostumbra en estos países llamar «invierno» a la estación lluviosa.

Por eso es que en nada afecta de extrañeza y desdoro, el hecho de haberse escogido el día agostino de hoy, para la eclosión de entusiasmo, alegría y amor que el pueblo salvadoreño ha tenido preparada en saludo a la primera urbe directora de su vida como entidad individua y orgánica de fines propios.

En nada se ha descolorido el tinte de áureo resplandor con que en otro día selláramos el acta centianiversaria de recordación tan grata. En nada se han desvanecido las vibraciones del corazón para hacer dúo a la estrofa más gallarda que rime el pensamiento. En nada se ha extraviado el índice de la Historia que sigue apuntando el *1o. de abril* como el día más Jéxico y propicio, para salutar en él la fecha-origen del reconocimiento político-jurídico de la personalidad sociológica salvadoreña.

Porque, debemos decirlo: la forma y el peso con que el 6 de agosto de 1526 el conquistador sujetó definitivamente a la invicta Cuzcatlán, no nos deben estimular a una gratitud incondicional. Bien es que aquella dominación definitiva fue causa inmediata de la fundación del San Sal-

vador en que ahora vivimos y en que disfrutamos de copioso progreso. Pero si hemos de recordar y celebrar aquella fecha, sea porque en ella se verificó el magno acontecimiento de haberse decidido que en este suelo se erigiera la nueva urbe, como en efecto se erigió, para que continuara la familia salvadoreña su vida político-jurídica, que en verdad ha llegado a ponernos en contacto íntimo y honroso con las naciones de más elevada civilización. Pero no se entienda que celebremos la hecatombe gigante consumada en nuestros ancestrales de sangre aborigena y heroica.

Desde el punto de vista histórico, se justifica que el elemento político y seglar español haya celebrado su triunfo del 6 de agosto; y también se justifica en sociología pura, que el elemento peculiarmente religioso, por la razón de ser de su criterio y de su misión espiritual por la que vino adherido al conquistador, se uniera a la celebración del mismo triunfo: porque el triunfo de las armas españolas que se concretó en progresivo triunfo político, también le concretó en triunfo de la religión,

corolario inmediato dentro de los fines de los Jefes Soberanos de la Conquista.

Nadie, por otra parte, que entienda y posea la ciencia pura y verdadera de la vida humana, niega que los conquistados de aquestas tierras ganaron en muy alto grado la evolución del espíritu con los cánones de la nueva religión implantada por los españoles.

Tratados así los hechos, con crítica austera, imparcial y caballerosa, quedan en su puesto propio, como justificados quedan los autores que los produjeron. Pero borrar ese deslinde y confundir las intenciones y los propósitos que actúan al celebrar la fecha *6 de agosto*, que contiene fenómenos de doble aspecto e irreconciliables por el patriotismo y la gratitud, es de suyo ineficaz, peligroso e inconveniente. Sería caer en un contrasentido funesto, como el de que, si al revés de esperar justicia por los ultrajes consumados en nuestra Madre España y en algunas de nuestras hermanas de Hispano-América, llegásemos a aplaudirlos y celebrarlos; caeríamos en la situación más lastimera, odiosa y

despreciable, porque ello fuera no tener delicadeza ni conciencia de nuestras *propiedades* de personas de derecho ni de personalidad natural humana. Ni la misma Madre España nos querría por hijos suyos.

No. Debemos ser consecuentes con los hechos; no debemos aceptar lo que nos dañe, pero sí agradecer lo que nos haga bien.

Debemos, pues, convenir con la salvedad que queda explicada, para repetir que ni en lo más pequeño influye en contra, el hecho de que en este día, y no en el que la Historia señala con más acierto, celebremos con efusivo sentimiento de gozo y gratitud, la aparición de la primera San Salvador de la Bermuda, que Diego Holguín nos dejará aún en la cuna, y que hoy en mejor morada se presenta adulta, rozagante y ataviada de gayas prendas, ante las viejas Señoras que la vieron nacer y que ya la reciben como compañera en el avance pro civilización.

Podemos, por consiguiente, aun más; podemos hacer extensivo nuestro tributo, a la memoria del 6 de agosto, por la consecuencia de la erección de la que hoy es bella y

viril San Salvador. Nada importa que las descargas eléctricas de la Bermuda no nos hayan destrozado y que si los sacudimientos del Valle de las Hamacas nos hayan dejado sin hogar más de una vez; porque esos siniestros que tanto y tan fuertemente han angustiado a nuestras almas, han hecho a la vez escuela de virtud para que en grados crecientes hayamos cristalizado nuestras energías y podido revestir a nuestra San Salvador querida con mejores y *más* que mejores galas cual se ve: que ya parece diminuto campo edénico al que Dios fijara su mirada en sonriente contemplación.

Y séame permitido, que en estos momentos de nuestras vivas y supremas emociones, me constituya en intérprete del pueblo salvadoreño y aun de la América Hispana, que racional y convenientemente deben acendrar su cariño con la Madre España; y así, callando aquello de que podríamos formarle quejas, yo le envío una salutación amorosa como parte desprendida del júbilo que gozamos en esta fiesta que significa un testimonio de gratitud para ella, pa-

ra ella que nos abrió el camino que nos ha conducido a la altura en que ahora nos vivifica mejor ambiente.

* * *

¿Cómo, entonces, débese interpretar en síntesis, esta celebración para que se justifique el placer que nos embarga?

Pues.....señores: esta celebración significa: que hemos entrado en la madurez de concepciones altamente sociológicas, genuinamente patrióticas, genuinamente edificantes de una vida de orden que nos eleve a la cumbre-grandeza; que hemos rectificado errores, que hemos llegado a la adultez de pensar; que ya somos conscientes de la grandéza que merecemos como prole de dos privilegiadas razas: la raza roja primitiva, de la que dice Eduardo Schuré, «son restos los indios de América y con la cual comenzó la civilización sobre la tierra»; y la raza de característica espiritual de que provino España, esa reina titánica en cuyos dominios siempre alumbró el sol.

O más claro, quiere decir, que estamos satisfechos de las consecuen-

cias de la dominación ibera en tanto nos evolucionó hacia la vida civilizada del presente, dándonos sus ideas y sentimientos y organizándonos en la mejor forma que era dable, organización en la que entró la fundación de San Salvador, esa San Salvador que con sus cambios de lugar y de tiempos, ha llegado a ser centro de un pueblo, *ben'amín* por su estatura, mas de elevada representación por la constante y progresiva finalidad que realiza, colocándose como atendible vocero de la civilización, aun entre las grandes naciones del mundo. Los triunfos de nuestro querido Representante diplomático doctor J. Gustavo Guerrero lo dicen mejor.

Es indudable el vínculo étnico entre las familias fundadoras de la *Villa San Salvador en la Bermuda* y las generaciones que han venido realizando al *San Salvador del Valle de las Hamacas*. De manera que a nosotros, progenie de aquella estirpe de fundadores, no solamente nos atañe el deber de hacer culto al hecho que memoramos, sí que también tenemos el derecho de participar de su contenido grandioso.

Decía, pues, que la historia escrita en el libro la completa la columna, la estatua, el templo, el monumento.

Quiero decir, que el Ayuntamiento capitalino, que sostiene escuelas para la niñez y coopera a la alimentación de los alumnos pobres, entra ahora a mayor perfeccionamiento de su obra cultural, dejando desde ya, escrita una nueva página de enseñanza cívica, sembrando la piedra simbólica en que habrá de descansar el monumento que haga recordar a perennidad nuestro primer suelo capitalino.

Así debemos seguir completando nuestra historia, con el libro y con el signo plástico.

Cuando en parques, plazas, calles, paseos, tengamos nuestros hechos culminantes de la vida nacional representados en materiales figuras; cuando en nuestras instituciones (Universidad, Instituto, Ministerios, Asamblea Nacional, Corte Suprema de Justicia, Escuelas, etc.), tengamos en bustos, o galerías al óleo, representada la ilustre prosapia de los bien-

hechores de la patria; y cuando en los cuarteles tengamos las panoplias con que nuestros guerreros defendieron los fueros ciudadanos; y cuando, en fin, en los museos se exhiba en forma apropiada la arqueología nacional, entonces podremos decir que tenemos Historia, y nuestros conciudadanos la aprenderán con intuición admirable y se fijarán en ellos el amor a nuestro pretérito y la aspiración a un porvenir de libertad y de grandeza ilimitada.

En más de una forma y en más de una ocasión, he repetido estos conceptos que encierran uno de los puntos más bien definidos por mis estudios y que he tomado como doctrinas, que creo debe practicar todo aquel que conozca que tiene que hacer algo para la bienandanza de la patria.

Yo guardo el convencimiento más sincero de que haciendo nuestra historia en el sentido relacionado, ya podremos hacer nuestra Sociología con extensión y perfección satisficentes, y como efecto, nuestra vida nacional será aun más ordenada, más cívica y más bien dirigida en la pluralidad de las actividades

que exige cada día con más creces y mayores conflictos la convivencia internacional.

Que no sea esta vez, la última en que mostremos nuestro amor para la Historia Patria. Que este acto, que es del patriotismo del Ayuntamiento capitalino, deje estímulo constante para continuar la obra.

La batalla de Acajutla en 1524, el sacrificio de Atlacatl, el movimiento insurreccional de 1811, el de 1814, la institución del Jurado el 1º de agosto de 1832, la fundación de la Universidad, la promulgación del primer Código Penal de El Salvador en 1826, la del de Procedimientos Judiciales y de Fórmulas, de 1857, y la del Código Civil de 1860, la firma de las siete Constituciones de El Salvador, etc.: temas que merecen la acción del buril o del pincel.

Y si se quiere agrandar la Historia plástica salvadoreña con hechos que le son íntimamente correlativos, no faltan adornos bellísimos, como la batalla de Olintepec; la lucha en que murió Tecúm-Umán batiéndose personalmente con Alvarado; Lempira en el peñón de Coyocutema; Urraca muriendo de ham-

bre en las montañas de Boruca; Nicaragua resistiendo a Gil González; la Primera Misa celebrada en Punta Caxinas el domingo 14 de agosto de 1502; la firma del Acta de 15 de septiembre de 1821; la firma del decreto de 1º de julio de 1823; la firma de la Constitución Federal de 1824.

Y no menor festón de importancia harían Guatimozín en el lecho de ascuas; Miguel Hidalgo y Gallaiga declarando que Méjico habria de ser libre; Atahualpa y Mancocapac II, frente a sus victimarios.

¿Y por qué no mereciera también la plasticidad el desembarco de Colón en la isla de Guanahani?

Así ya podríamos tener avanzado el conocimiento hacia nuestros lejanos progenitores.

Plaudite, cives: que el *Mens divini-*
or aun mucho de su esencia ha regalado ya a esta tierra de envidiables glorias, y El mismo habrá de infiltrar al alma salvadoreña el *mens*

agilul muleta con que haya de vencer definitivamente en la idealidad que persigue para escalar la más alta cumbre de la fama.

Penetrados, pues, de lo que importa a nuestra Historia el fausto hecho que ahora celebramos, fijemos la vista en el firmamento y que tras ella nuestra voz se eleve, pidiendo que, sobre la primera piedra que ya sembraremos, caiga el rocío de las Alturas Supremas en bendición a nuestros anhelos.

* * *

Respetable auditorio: 1

La Municipalidad de esta capital me confió su representación en este acto; es a nombre de ella que os he dirigido la palabra; ella es la que patrocina las fiestas de este día; ella os exhorta por mi medio a cultivar nuestra Historia; ella ejemplariza con elocuencia persuasiva cómo debemos hacer más que hablar; y traduciendo de ella en frase gentil sus sentimientos, yo me uno para deci-

ros: hagamos de veras de la Patria un paraíso. Y una vez que hayamos cumplido o que no hayamos podido cumplir porque se agotó la vida, cada uno podrá decir, *in extremis*, con Horacio: NO MORIRÉ TODO ENTERO, PUES ME SOBREVIVIRÉ A MI OBRA.

DIJE,

Victorino Ayala

San Salvador, agosto 6 de 1925.

Discurso leído por el doctor
Victorino Ayala en el acto
de ser recibido como socio
de número en el Ateneo
de El Salvador

HONORABLE JUNTA DIRECTIVA,
RESPETADOS ATENEISTAS,
SEÑORES :

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

VIRGILIO.

Nada más a propósito que este verso, para ser exclamado humildemente por quien en búsqueda ansiosa de un triunfo de oratoria, se queda tímido y trémulo ante la ausencia del CREATOR SPIRITUS que al VENI suplicante que lo invoca, no acude con su ánfora de inspiración.

El clásico mantuano, con todo y haber sido «el más célebre de los poetas latinos», quiso destruir su Eneida porque acaso la juzgara de pá-

..

lidos colorines entre las floraciones iridiscentes de Homero y de Teócrito, castalias de su numen.

Aquel Octavio déspota de la política, pero impulsor de las ciencias y las letras, hizo publicar el original salvado, y así pudo verse que si Virgilio fué modesto en demasía al calificar su obra, su modestia lo aproximó a calificarse justamente a sí mismo, considerándose de menor talla que los de la prosapia que le precedieron dejando su inmensa y portentosa mentalidad constituida por la más antigua y original producción del pensamiento humano.

Homero, Goliat ante Virgilio, es David frente a Viasa y Valmiki, autores del MAHABHARATA y el RAMAYAMA, «gigantescas epopeyas con respecto a las cuales la ILIADA y la ODISEA parecen mezuquinas», dice Jorge Frilley.

Y el GITA-GÓVINDA, del poeta Jayadeva, «ese Cántico de los Cánticos indo», del que tomara notas el CANTAR DE LOS CANTARES de Salomón; y el MEGHADUTA (nube mensajera), el SAKUNTALA, el URVASI y el MALAVICA, de Kalidasa, ¿qué son sino cumbres hí-

maláyicas que por su originalidad y belleza permanecen inaccesibles a la supremacía y la influencia?

Si Viasa y Valmiki con los primarios magnos de la Epica, de Jayadeva y Kalidasa dice Carmela Eulate Sanjurjo, son los dos más delicados líricos de la India clásica.

Véase, pues, si tendría razón el autor de las GEORGICAS al creerse de brillo de secundaria magnitud. No obstante, cantó; más todavía, fué blason de su raza.

Si aun como Virgilio pudiera yo hacer vibrar un diapasón que timbrara una sola nota, pero fundamental, sonora y dulce, habríame evitado esa digresión, que por haberla hecho desde el principio, acaso parezca más importuna e injustificada.

Pero me escuda para decir, que no he creído venir aquí con la autoridad cultural que se impone por la grandeza, para hacerse oír, creer y loar con aquellos actos del espíritu que se traducen en persuasión, delectación, devoción, y que hacen del auditorio el más dócil subordinado a todas las posiciones del orador, como querían Quintiliano y Cornejo.

No se entra a los jardines, a los prados edénicos, para aumentarles la belleza, para hacerse flor o festón; se entra para inhalar sutiles aromas que incitan a vibrantes emociones, que aumentan la vida del espíritu; para contemplar el arte natural de los colores y admirar a su Artífice; para expandir el alma en inspiraciones que la elevan a las alturas supremas en donde Alighieri encontró a Beatriz.

Así se buscan los jardines de la sabiduría: que si los Dantes persiguen a su Beatriz que los salve, y los Telémacos encuentran a su Mentor que los guíe, justo es que a los Diógenes que con su lámpara peregrinan en pos de *un hombre*, se les abra nuevos senderos que los lleven con sus anhelos.

Y aquí conecta decir, por qué vengo a este vergel del intelecto, cómo vengo a colocarme entre vosotros.

Vengo, meritisimos exponentes de sapiencia; vengo,—Diógenes sitibundo de las frescas linfas del saber—, en busca de nuevos y mejores impulsos y sápidas esencias, para mi espíritu que ambiciona y persigue las más altas metas que siempre ha perseguido la humanidad, ya en el tem-

ple, en la misantropía, ora en el aula, en las catacumbas, o bien en los oráculos, en los jeroglíficos, en el laboratorio, &, &, y hasta en los estruendos de la guerra.

* * *

Héme aquí, pues, legión honorable de pensadores, en el vestíbulo de vuestro templo que habéis erigido para el apostolado de la perfección y encauzamiento de los grandes productos del espíritu en pos de la civilización: que no otra cosa es un Ateneo sino símbolo de labor espiritual eminente, que formula la sociología de los pueblos, para dirigirlos hacia sus mejores destinos racionales, vale decir los más felices, compartiendo así con el Estado, la tan vasta actividad de éste, desparramada en múltiples instituciones de política general y de enseñanza ética, moral y jurídica. Un Ateneo es una Universidad.

No creo que me juzguéis vacuo aun de sindéresis y vanaglorioso, al manifestaros, que cual el filósofo de

Sinope, tiempos há que con la linterna de mis anhelos he buscado con mucho afán *el Hombre* que aquéi buscara. En centros obreros, en centros estudiantiles, en organizaciones destinadas a prácticas cívicas o a investigaciones de la ciencia; en la política general: allí estuve con mi bagaje de peregrino. Y donde buscaba EL HOMBRE del filósofo del tonel, esto es, la fraternidad, el corazón generoso, la beneficencia, el altruismo, sólo encontré,—extra reducidas excepciones—, ingratitud, envidia, egoísmo, agresión, y algo peor que no es oportuno denunciar.

Venir aquí, por ende, habiendo ya saboreado tan amargas experiencias, significa ello solo, el puro y bello concepto que siempre he tenido y tengo de *es.a.* magestática Institución.

Mas, ¿con qué habré de corresponder tanta galantería y finura? ¿Qué puedo presentaros de nuevo o al menos de imitación reavivadora de los espléndidos mirajes que haya encontrado la inteligencia buza de vosotros, si en la vastedad inmensa a que ha llegado el conocimiento humano hoy día, nada más puede so-

bresalir, o cautivar o entretener al pensamiento, que lo genial y eficiente o de muy ricas gayas formas?

.....

Aunque siquiera vistazos se hagan en tiempos de lampos breves, el horizonte que marcan las nuevas orientaciones del saber, basta para asombrar al modesto investigador, aun al técnico de nombradía.

La relatividad de Einstein; la medida de la tierra por medio de la radio-telefonía, de Monsieur Ferrié; el avance de la misma radio-telefonía para comunicarse a través de los océanos y aun con los demás planetas, como promete Guillermo Marconi (1); los jeroglíficos de Tut-Anhk-Amen; la Biblia budhista redactada por Kutho-Daw, de las losas de los 700 templos de Mandalay, escritos en birmano y en el antiguo *pali*, derivado del sánscrito; la ostensible necesidad de la reforma y corrección del Calendario: todos, son temas que hacen parar el pensamiento, y muy a propósito para la esfera de labor de un instituto como éste.

(1) Hace poco un cablegrama anunció que se había obtenido una comunicación telefónica desde Estados Unidos hasta Australia.

Eso, que a ligera atención se comprende que no son más que conclusiones a que se ha llegado después de penosísimas encuestas por numerosos perspicaces y porfiados de la idea, es apenas un pequeño haz de veneros de luz que irradian del infinito diamante de la Ciencia Universal. Y queda un resto, inmensurable, como no sea relacionándolo por etapas y en reseñas condensadas.

* * *

La Cosmogénia y la Cosmología, la primera buscando el origen y la formación del Universo, y la segunda buscando y estableciendo las leyes de él, son las dos fuentes matrices de donde ha partido la pluralidad asombrosa de los varios ramales de la ciencia.

* * *

La Cosmogénia nos muestra como producto exclusivamente suyo la constitución de las religiones, cada una de las cuales ha pretendido haber encontrado la «causa única» del armonioso conjunto de los mundos. De

una o más entidades la Autoridad Creadora, ella ha regido a su turno, en épocas de siglos y con absoluto imperio los destinos de la humanidad, y todavía, religiones no vencidas y antes bien triunfantes de otras que perecieron o languidecieron, muestran su predominio y rigen al espíritu humano con empuje decisivo. Y nunca perecerá la religión, porque, ya sea interpretada y entendida de un modo por los sabios, y sentida y profesada de otro modo por el ignorante, ella es parte integral y primaria de los movimientos del espíritu en ese incesante anhelo de explicarse lo que los sentidos y los postulados de la experimentación positiva no pueden explicar más allá de los límites que el telescopio y las matemáticas han marcado. - -

Joven yo de años y de estudio, creí en un tiempo que la religión tendría término próximo, y en la persona de algunos de sus representantes, realmente extraviados de la pureza de su cometido, la atacué con la fe santa,—sábelo Dios—, de que hacía un bien a la humanidad; porque,—decirlo de paso—, yo siempre he laborado por el bien de todos,

aun sacrificando el mío particular; mi misma conducta lo ha probado. Pero bien: la Filosofía de la Historia, que abarca a la Filosofía de las religiones; la Política, vista a través de las edades y del mundo conocido; la Sociología, con sus matices y sus severas y dulces enseñanzas; todo, en fin, el caudal de mis estudios de adulto, me sacaron de aquel radicalismo empeñoso, para hacerme comprender que la vida debe ser armonía de ideas y sentimientos y no sumo imperio de unos sentimientos e ideas sobre la esclavitud de otros; y si la vida, armonía debe ser, ella no fuera posible si se le quitara esa actividad que nos levanta a más allá de los orbes sensibles.

Digo, pues, que la Cosmogénia es de lo más portentoso con que ha iluminado el enorme poliedro de la mente investigadora.

Y aquí se me presentan las figuras de Confucio, Lao-Tse, Zoroastro, Platón, Jesucristo y aun nuestro Valum Votam.

Fetiquismo, sabeísmo, paganismo y cuanto más, no son sino variantes de la misma tesis: la persecución de la verdad suprema y la fe sincera de

habría encontrado en la forma tanto más perfecta cuanto más han progresado el sentido moral y el arte.

De las concentraciones de aquella ciencia, conformémonos con mencionar reverentes, la Biblia cristiana, la Biblia india, el Bushido japonés, y las Biblias especialmente nuestras: el Popol Vuh de los quichés y el Teo-Amoxti de los toltecas, sin omitir las mitologías cuyos sistemas simbólicos son realidades del espíritu de no poco valer para el estudio científico.

* * *

Por su parte, la Cosmología abrió su campo con el estudio directo de la Naturaleza, y en el discernimiento y la calificación de los seres, se detiene ante el inefable concierto de las esferas rodantes en la inmensidad, se encuentra allí con la Cosmogonía, a la que deja preciosos resultados, y se vuelve a su peculiar trabajo.

La Cosmogonía se remontó por sobre el cruzamiento de las órbitas y dedujo la entidad suprema que las enlaza y gobierna.

He ahí el origen de las religiones.

La Cosmología hizo su más extenso y primer análisis, separando al hombre y la Naturaleza, como dos partes distintas y diferentes que antes estaban indiscernidas: resolvió su primer problema.

Ahora: ¿qué es el hombre en sí? ¿Qué es ante la Naturaleza? ¿Es independiente, dependiente, superior, inferior, o, en fin, qué relación hay entre ambos?

A la primera pregunta,—desprendiéndose de la Cosmología—, apareció la Pneumatología o sea la ciencia del conocimiento especulativo del alma, y postuló por sí sola, que el hombre es un sér superior, por su cualidad especial de pensar y discernir; conclusión a que se llegó después de considerarlo pasivo ante la Naturaleza, ya por la teoría del OPTIMISMO, según la cual el hombre nada debe hacer porque la Naturaleza lo da todo, ya por el PESIMISMO, teoría conforme a la cual el hombre nada puede hacer porque la Naturaleza se opone a todo: bifatalismo funesto que oportunamente pudo deshacer el *melliorismo*, aunque el triunfo condujo al hombre al ex-

tremo de creerse REY DE LA NATURALEZA.

La Cosmología, --ya emancipada la Pneumatología--, sigue su labor en la Naturaleza e inmediatamente topa con los demás seres ANIMADOS, los compara con el hombre en su conformación y funcionamiento orgánicos y sostiene desde este punto de vista el mismo postulado de la Pneumatología. Y se abre otro estudio especial para esos otros seres animados, llamémosle ya Zoología, quedando para el hombre el suyo singular que ya de entonces pudo llamársele Antropología.

Véase ya la maravilla del desenvolvimiento espontáneo y fluido de la ciencia.

Aparte de la Cosmogonía, que después se constituye en Teleología y desparramándose en las múltiples teogonías, inclusive la METAFÍSICA, y reaccionando en la Teología para volver a la idea de un sér único se esparce, dentro de este criterio, en no menor número de radios, llamándose Panteísmo, Teosofía, Espiritismo, etc.; aparte, digo, de esa corriente caudalosa del espíritu en el orden de las investigaciones que traspasan de los

mundos explorados a los campos en que únicamente penetra la deducción, la Cosmología, con sólo el punto de vista del hombre, ya constituye hasta entonces un monumento enorme de sabiduría. Y continuando sólo con el mismo hombre, la Cosmología, cual sucede a las progenitoras que anteceden en muchas generaciones a las tatarabuelas de una genealogía, se la considera como muerta, no se recuerda ni su nombre, porque su descendencia es harto numerosa, y por sus calidades de nueva, copiosa y deslumbrante belleza, esa progenie se ha conquistado de tiempos há la simpatía y ADOPCION de los grandes pensadores. Y así, por una especie de antonomasia, la vetusta Cosmología, en el curso de tanta desintegración, ha venido llamándose Paleontología, Paleontografía, Etología, Etnología, Etnografía, Paleografía, Paleología, Filología, Historia, Geografía, Pedagogía, Medicina, Patología, Psiquiatría, Criminología, Anatomía, Fisiología, Biología, Psicología, Ética, Moral, Filosofía, Política, Sociología; y cuanto más que se haya escapado a mi débil memoria y limitado saber.

Siguiendo su desenvolviento en la rama especial de los animales, y después de llamarla Zoología una vez desintegrado ese estudio, la Cosmología prosiguió divergiéndose en diferenciaciones varias, con los nombres de Zoogenia, Zoografía, Zootecnia, Zootomía, Veterinaria, Avicultura, Piscicultura, Entomología, Microbiología, Zoofitología, Zoobiología, se generaliza en la Zoonomía, y aun da a la Cosmogenia un retoño más: la Zoolatria, conocida en otro tiempo con distinto nombre.

Como Jorge Cuvier en la Paleontología y la Zoología, Carlos de Linné abre otro sendero en los seres vegetales, se constituye la Botánica, por otro nombre Fitología, y surgen a su turno la Fitografía, la Fitotomía, la Agricultura, y más especializada la Floricultura.

* * *

Y aun faltan ramas al tronco cosmológico. Cuando la Cosmología se elevó a la contemplación y discerni-

miento de los astros y entró en contacto con la Cosmogenia, particularizó el estudio de ellos, tomando a su tiempo el nombre de Astrología, pasando siglos con este nombre y siempre infiltrado del concepto religioso.

Desprendida de este concepto y en progreso por la experimentación, cambió nombre y se llamó Astronomía.

La esfera terrestre fué objeto de doble estudio: en relación con los demás astros, y dentro de sus límites. Conforme a éste, ya queda expreso que se bifurcó por la Zoología y la Botánica; también, con oportunidad, tomó los nombres de Geología, Geognosia, Geodesia, Mineralogía, Sismología, Geometría, de la que algunos han creído, que fue ella la que dió los fundamentos científicos y filosóficos a las demás ramas de las matemáticas.

Y en relación con las otras esferas, se especializó en la Cosmografía, la Meteorología, la Climatología y demás.

* * *

La admirable conexión, infiltración o interdependencia de las ciencias está demostrada, tendiendo siempre a

la unidad, que se piensa encontrar por ahora en la Sociología.

Si de la simple enumeración de los actos evolutivos con que el hombre ha mostrado su potencialidad cognoscitiva se pasa a los grandes hechos, productos del conocimiento, concentraciones de conquista a fuer de tanto lucubrar en años y siglos, ¡qué magnificencias ostenta el abanico de los viacrucis que partiendo del punto común de la Cosmología y la Cosmogonía, conservan las huellas por donde han pasado los apóstoles de la ciencia y a cuyas veras quedaron tantos mártires, como los divinos Sócrates y Jesucristo, locos valientes como Galileo y Colón, y pasando triunfales, sin mayores heroísmos, Manú, Vrihaspali, el exégeta Kuluka-Bhata, Moisés, Solón, Licurgo, Santo Tomás, y ya sabéis quienes también.

La ciencia, a semejanza de las armonías del océano, ha tenido siempre remansos, mansedumbres, quietudes, o ya marejadas, pliegues y repliegues, vaivenes, y evaporaciones que forman nubes; pero la ciencia ha tenido en el cerebro del sabio y en el cerebro de las multitudes, el océano infatigable del pensamiento,

cada vez más expansible y vigoroso, que aun en la quietud y mansedumbre aparentes, siempre ha fermentado ideas renovadoras que interpoladas entre las que han resistido la expansibilidad, han hecho levantarse trombas y desatarse vendabales, tornando en nuevas y más policoloras fluorescencias los campos del saber, nunca trabajados lo bastante por la azada de la investigación. Esas trombas y esos vendabales, bautizados con sus nombres genuinos, son convulsiones concentradas del pensamiento, son los piramidales hechos sociológicos de que se han constituido las Eras y las Epopeyas.

De esas excelsas trombas del espíritu colectivo, sobresalen la del Budhismo que escisionó al primitivo Brahamaniññ; la del Cristianismo, que desmenuzó al Paganismo, y levantó la dignidad humana, y evaporó mitologías, y señaló a la Cosmogénia una nueva y más florida y más luciente y más atractiva ruta, para encontrar la Primaria Síntesis del Alma Universal; y a la Cosmología, en sus herederas la Política y la Moral, le dió mejores cánones de redención y dulcedumbre para regu-

lar la conducta humana con más firmes y más libres y más amplios y más bellos senderos hacia la meta felicidad tan perseguida como hueraña.

Salve al Divino Crucificado en el Monte Calavera, que cegó allá sus pupilas por dejar su luz a la humanidad que caminaba como en nieblas, y que desde el Tabor, con su sonrisa de victoria, le imprimió en el corazón el placer y el impulso para cultivar la virtud y conquistar un porvenir supremo.

Nada más sublime que el prodigio obrado en veinte siglos por un Muerto, Predestinado a quien se asesinó como a bandido, pero que gobierna con soberana potestad en todas las latitudes del Planeta, no sólo por religión sino también por su sociología.

* * *

Y el hilo del pensamiento no se ha roto desde que apareció en Adán o en el Antropoide, (según el origen que se le quiera dar); no ha dejado de moverse nunca, si bien por intervalos ha descansado en sueños o

enfermedades soporíferas, al cruzar la infinitud de ambientes y de razas; sólo que después de las nuevas claridades que brotaron del Gólgota, a poco de caminar se deslumbra en medio de tanta y tan fuerte luz, y la doctrina simbólica y parabólica de la BUENA NUEVA, es leída o interpretada en cierto sentido por unos, y con criterio y alcance diferentes por otros. Y esto no sólo sucedió entre las inteligencias de la generalidad sino también entre los sabios que en instituciones secretas estudiaban la ciencia y que desde allí sistematizaron y divulgaron el cristianismo. Así, el pensamiento siguió, pero con nuevos matices y con otros y varios fines. Entre los exégetas del cristianismo del Maestro Divino, se abren dos primeras corrientes: la una que interpreta varios principios y el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad», como norma para un régimen republicano democrático, y la otra para un régimen de fuerza de potestad monárquica. De ahí que los hermanos en el cristianismo se dividieron, constituyendo unos, lo que habiendo evolucionado, es conocido ahora por «Masonería», y los otros lo que a su

turno se llamó «La Iglesia». Y por eso no es extraño ni condenable que de las primitivas altas autoridades religiosas del cristianismo se haya visto como jefes supremos en la institución masónica a grandes personajes, principalmente en Inglaterra, aun ya en tiempo avanzado, como Arzobispos y Obispos. Lamentable es esa disparidad, que debiera desaparecer en favor de la gran evolución que se consolidó en el Calvario y que prosiguió en pos de la fraternidad universal; tanto más, cuanto que las dos grandes ramas tienen muchos y notables puntos de contacto a pesar del furor con que se han atacado.

Ambas en su respectivo campo, han sufrido no menos lamentables escisiones. De la Masonería se las ve más visiblemente en el Rito Escocés, el Rito Francés, el Rito Americano o de York y el Rito Mexicano. De la Iglesia podemos recordar su división en Iglesia Romana, Iglesia Griega e Iglesia Rusa, a su vez ésta con su separación en «clero negro» y «clero blanco». Luego, también, las divergencias de Juan Huss, Ulrico Zuinglio, Juan Calvino, y principalmente Martín Lutero, que pro-

dujo profunda e imborrable influencia en Alemania y trascendiendo predominantemente a otros lugares de Europa y los Estados Unidos de Norte América.

Actualmente contemplamos la separación y constitución de la Iglesia Nacional mexicana, que ha desconocido la autoridad del Papa, según datos de la prensa.

Lástima de tanta debilitación del pensamiento que tanto óbice ha opuesto a la confraternidad de los hombres.

¿No es racional creer que si en los muchísimos congresos que para asuntos políticos o religiosos ha celebrado el hombre, en vez de prepararse y disponerse a combatir a los contrarios, se hubiera luchado tenazmente por atraerlos a una justa y decorosa conciliación, ya estuviéramos menos dispersos y más próximos a una armonía viable en la paz más amplia y en el progreso más espontáneo e indefinido?

La Iglesia Romana puede dar testimonio de la eficacia del espíritu de atracción entre elementos de una común genealogía. Uno de sus Papas repulsó y echó fuera a la Compañía

de Jesús, pero no tarde supo atraerla y conciliar con ella, y ahora es la Orden de San Ignacio su principal sostén; y análogamente, sabe mantener la cohesión de sus diversas órdenes, aun cuando entre ellas haya tendencias a distanciarse, como sucede entre los jesuitas mismos y los dominicos.

Y más todavía: de cierto tiempo acá se ha notado una corriente de tolerancia o adaptación de la Iglesia en varios hechos en que antes era inflexible.

Napoleón I ha sido siempre atacado por la prensa católica; pero en una fiesta de centenario, el elemento católico estuvo representado y el representante concurrió a los actos ceremoniales en la tumba del Gran Milite.

También estuvo representado en las fiestas centenarias de la publicación de la «Divina Comedia» de Dante Alighieri; ya no es prohibida y sí tolerada su lectura. Y antes, esa obra fué atacada y se evitaba que fuera conocida porque se la juzgaba contraria a la iglesia.

Aun por aquí cerca: Gerardo Barrios ha sido atacado por órganos

de la iglesia, y últimamente le han hecho alusiones de homenaje.

El doctor Rafael Reyes entabló polémica con el clero salvadoreño, representado éste por el ilustre sacerdote Bartolomé Rodríguez, y si mal no recuerdo, por el que ahora es Arzobispo Antonio Adolfo Pérez y Aguilar. A Reyes lo atacó rudamente el clero; pero eso no obstó para que en algunas calles céntricas de nuestra capital se le viera en amistosa plática con algunas de las personalidades más altas del clero, y se sabe que con no pocas tenía amistad sincera.

El radical Lorenzo Montúfar sirvió la Cartera de Relaciones Exteriores en Costa Rica, en un gobierno conservador. En los respectivos actos públicos y en otras oportunidades, las más altas autoridades del clero estaban en contacto con aquel hombre, de sus más formidables contrarios.

La influencia eficaz del clero en las últimas convulsiones políticas de Nicaragua entre los partidos Liberal y Conservador, antes siempre extremistas, siempre en repulsión recíproca, y ahora compenetrados ante excelsas finalidades patrióticas; ese gran

fenómeno, digo, de transacción y transición entre ambos, para formular los verdaderos cánones que constituyan una vida nacional de concordia, paz, autonomía y progreso, no puede ser de más grato aplauso y de más meritorio premio. Se ha hablado de mala fe, de tráfugas, de traición, en esa magna obra. Nada de eso ha de verse ni debe haberlo. Esa gran comunión es quizá más significativa y más trascendental que aquella *entente* de los mismos partidos ante los filibusteros de Walker; y ello, dados los momentos por que cruza el mundo, especialmente la América Latina, más especialmente Centro América, y aun con más peculiaridad Nicaragua, ante el franco pero astuto e indetenible avance del Leopardo invasor...⁶.”

Ojalá que en el referido problema mexicano, el clero quede en armonía y que no haya otro contrario a la unidad.

En fin, para acentuar con algo más, preeminente, la actividad de la iglesia en propensión a adaptamiento y conciliación, basta recordar la política de León XIII y Pío X.

Y no puede ser de otro modo. Rectificar no es claudicar. La adap-

tación no es felonía. La flexibilidad no es servilismo. Una nueva convicción científica no es traición.

Cualquiera que a virtud de sus progresos mentales o por otra causa adquiere nuevas convicciones y formula nuevas formas de actividad, tiene derecho a buscar los medios nuevos también, para caminar a sus destinos, y tiene derecho a la vez para ser respetado en la buena fe que lo inspira.

* * *

Antes de la gran Guerra de 1914, ya se sentía y palpaba algo como los efectos de un nuevo Renacimiento; cual experimentando la influencia arrancada de Deodato Erasmo y Pedro Abelardo y crecida por Ludovico Ariosto, Francisco Rabelais, Molière y demás, se asistía a una conmoción como producida por una nueva Enciclopedia, y en medio de las agitaciones particulares de cada nación por su progreso científico, y al estímulo de las que en Europa han equilibrado la paz contra los impulsos bélicos significativos de predominio, las inquietudes fueron haciéndose

olas, los recelos convirtiéndose en marejadas, en tumbos los orgullos nacionales, hasta que se levantó y reventó esa tromba que salpicó a todo el mundo.

Y ese gran hecho catastrófico no parece ser sino una faz o un aspecto solo de algo más monstruoso que haya de producir el complicadísimo devaneo en que se mueve, fermenta y agita el entrecruzado sistema que buscan las nuevas orientaciones de la vida moderna en lo político, moral, religioso, social; en una palabra, la revolución sociológica fecundizada lo bastante para que con poco o nada se manifieste en un trueno como de Revolución Francesa.

* * *

..... Pero mal hiciera si continuara, dejando un gran vacío en la breve relación que me he propuesto.

Acabo de insinuar el Renacimiento y la Enciclopedia.

El primero fué como la fuerza germinatriz, las briznas y la prefloración de otros nuevos fitos en la perenne ingertación en que vive y se desarrolla el pensamiento. La otra fué el

árbol gigantesco y fecundo que descolgó el enorme fruto conocido por «Revolución Francesa».

No puede señalarse linderos precisos en las transformaciones del pensamiento, para decir con exactitud desde dónde y cuándo acaba un sistema de ideas e ideales que ha regido la conducta humana y desde dónde y cuándo empieza otro que lo sustituye.

No hay paradigmas inmutables de códigos o de leyes, porque no los hay así en la fenomenalidad de donde se formulan. El espectro coloríneo del pensamiento tiene también sus líneas Kirchoff y su infra-rojo y su ultravioleta que lo hacen cada vez más complejo.

Decir Cristianismo, Renacimiento, La Enciclopedia, Revolución Francesa, Positivismo Comtiano, Sociología Moderna, es referirse a los varios aspectos que ha tomado el pensamiento en ese gran trecho de su trayectoria a que se ha dado en llamar «civilización nueva», pero que no es en absoluto independiente ni desparentado del gran trecho anterior que se llama Civilización Antigua, a la que informan sublimes transiciones

jaloneadas en la espiral total que han recorrido el hombre y la ciencia.

Lo mismo puede decirse de los representativos de esas grandes transformaciones; todos están ligados en ellas, aun cuando parezcan en posiciones opuestas, pues precisamente su oposición los liga por medio de la polémica que suscitan; *a fortiori*, cuando alguien es precursor en línea recta de las ideas de otro.

No se puede, por ejemplo, tener presente a Tomás Hobbes sin recordar a John Locke, que doctrinaba, en política, opuestamente a aquél; no se puede hablar de Carlos Marx sin recordar a William Thompson, de quien tomó fuentes.

Por eso es que no cabe formular loa a las excelsas figuras de La Enciclopedia sin que los galardones dejen de alcanzar a los sembradores del Renacimiento. Leonardo de Vinci, Miguel Angel Buonarotti, Rafael Sanzio de Urbino, Rembrandt, Rubens, el Ticiano, Tintoreto, Juan Benvenuto Cellini, Bartolomé Esteban Murillo, Miguel Angel de Caravagio; Juan Bautista de Lamark, Emmanuel Kant, David Hume, Nicolás Maquiavelo, Blas Pascal, Böll de Fáber, Juan Joa-

quín Winckellmann, Renato Descartes, Juan Bautista Poquelin (Molière), Miguel Angel de Montaigne, Juan de la Bruyere, Pedro Corneille, Juan Racine, Baruc Espinoza, Gaspar Melchior de Jovellanos, Rogerio Bacon, Carlos Secondat Barón de Montesquieu, Juan Jacobo Rousseau, Dionisio Diderot, Esteban de Condillac, Antonio Nicolás de Condorcet, Juan de la Ronda d'Alembert, etc., etc.: son una sola falange, que, al modo de Cruzados y Templarios, la misma fe los anima, las refriegas los fortalece, y, como si la Providencia deparara un punto de conjunción a tanto peregrino de los santuarios nuevos, la *Sede del Mundo intelectual* se constituye en depositaria de las conquistas de la Evolución, y bien pronto en las Tullerías, en el Juego de la Pelota y en la Bastilla, se consagra la más vasta y fulgurante victoria del pensamiento, de acá de la preexcelsa victoria del Tabor.

El libro descansa momentáneamente para dejar la acción a la tribuna, en contacto con los fusiles y los cañones, y son Camile Desmoullins, Honorato Gabriel de Mirabeau,

Maximiliano Robespierre, Jorge Jacobo Dantón, Napoleón Buonaparte, etc., los abanderados de la nueva falange que conquistará otros varios matices al pensamiento, para tachonar nuevos lienzos en que más tarde hayan de caer los colorines de la mentalidad contemporánea.

¿Cómo se vincula esta mentalidad con las pretéritas corrientes de la inteligencia?

No remontemos otra vez a los tiempos de Sócrates, Platón, Aristóteles y Pitágoras, que cual colosales geiseres de luz han irradiado torrentes a cual más purísimos.

No traigamos a referencia a Claudio Enrique de Saint-Simón, a Carlos Fourier, Ricardo Owen, Esteban Cabet y demás figuras que en la ruta del Socialismo han hecho también falange de evolución, contribuyendo al movimiento general y tempestuoso de las renovaciones del intelecto.

Se impone para el caso, el *Everest de la Enciclopedia*, cumbre tan magestuosa como la del Sinaí de Moisés. Me refiero a d'Alembert. Humilde confeso de que su obra no es únicamente suya y declarando la

cooperación de Condorcet, formula y expone el *manifiesto* que en su género es el más gigantesco que yo conozco. Su *Discurso preliminar de la Enciclopedia* es por sí sólo una obra estupenda. En él abarca todas las ciencias entonces conocidas, critica las clasificaciones que de ellas se habían hecho, define su contenido en concisión admirable, sistematiza su orden evolutivo y sienta sus conclusiones para la formación y publicación de La Enciclopedia. En ese monumental Estudio encontró sin duda Augusto Comte abundantes criterios que fundamentan su positivismo, pues que d'Alembert, resumiendo el experimentalismo de Descartes, Bacon y otros, arroja simientes novedosas cuyos frutos se distinguen, aunque ya policoloros y multiaromáticos, en las obras que desde aquella época han venido apareciendo, y fascinando de originalidad, algunas.

Con la misma potencia se muestra d'Alembert en el *Elogio* y el *Análisis* al Espíritu de las Leyes por Montesquieu.

Véase, pues, el vínculo que enlaza a aquellas corrientes desde Erasmo

a d'Alembert, con las que, por originadas desde Comt hasta los pensadores contem como Carlos Roberto Darwin Spencer, Emilio Littré, Alfred Combes de Lestrade, Fa... Squilace, Alfonso Asturaro, Xenopol, Eugenio de Roberty, Alberto E. Schäffle, René Worms, Franklin H. Giddings, Lester F. Ward, Gabriel Tarde, Emilio Durkeim, Adolfo Posada, Francisco Cosentini, Félix Le Dantec, Gustavo Le Bon, M. A. Vaccaro, Simón Deploige, Norman Angell, Ramiro de Maeztu, Bertrand Russell, Gabriel Alomar, Julio Navarro Monzó: torres enhiestas y soberanas de altitud a cuyo pico pasan los meteoros y se desparrama la luz que encamina al mundo por nuevas y mejores sendas.

* * *

Es la Sociología la que ha tomado a su cargo los destinos humanos, y penetrando por todas las fisuras del campo social, va fertilizando las capas varias, y se sienten ya benignas y reconstituyentes aereadas que oxigenan la vida por doquiera.

En Max. Müller, William Jones, Champollion y Gottfried Guillermo Leibnitz, toma base para estudiar al hombre a través del lenguaje. Con Annie Bessan, Eduardo Schuré, Petrona Blabatsky, Edwin Arnold y Luis Jacolliot, lo investiga a su tránsito por el Ocultismo, cuya sede principal ha sido la India. Con Emilio Gante lo sigue por Egipto. Y el hallazgo de la «luz continua», infinita o inmortal de los químicos antiguos ha dicho a los químicos modernos cuán pequeños son ante aquéllos. Por John Lubbock, Edward B. Taylor y Pompeyo Génér, sabe ya de su paso por toda la historia en sus varias actividades; se detiene con Alejo de Tocqueville, en la Revolución Francesa, con mirada retrospectiva al Antiguo Régimen; con Fustel de Coulanges, en Grecia; con Maquiavelo, en Italia; con Montesquieu, en Roma; con el mismo e Hipólito Taine, en Francia; con el mismo y Ralf Waldo Emerson, en Inglaterra; con Inazo Nitobé, Kenjiro Tokutomi, Antonio García Llansó y Francisco de Reynoso, en el Japón; con Tcheng-Loh y José Muñoz Escámez, en China, y con Benjamín Kidd y Armando Vasseur, en el

Mundo Occidental. Y ahí la tenemos con los demás abanderados contemporáneos.

Y no sería completa su misión si dejase en página blanca la crítica que le ofrece la sublime epopeya de «El Paraíso Perdido» de John Milton.

Todo lo abarca la Sociología Moderna; yo preconizo su gigantesco propósito, anhelo su pertinacia, y me atrevo a predecir que ella llegará a culminar victoriosa en la armonía universal, muy a pesar de las reacciones tremendas que se dibujan de imperialismo hegemónico, latente e impulsos de ciega revancha o de ambición de un Kaiser occidental. Aun cuando el mundo sufra cataclismo peor que el de 1914, el bloque de ideas que lo mueven al presente es indetenible, y quién sabe si no de esa nueva catástrofe brote la resolución del problema sociológico que viene planteándose de tiempos há en pos de la ecuación final que suelte la única incógnita satisfactoria: la verdadera democracia...

* * *

BENEVOLENTE AUDITORIO:

Perdonad que, como al principio, vuelva a exclamar el citado verso de Virgilio.

Comprendo que soy doble peccador, porque me atreví a intentar, como si fuera sabio, un paseo por todo el Universo, atravesando toda su historia, y porque, ciego por ese intento vanidoso, he abusado mucho de vuestra indulgencia, he provocado en demasía vuestra virtud de atención muy culta, haciéndoos oír tantas divagaciones de mi mente que a lo más, y por favor, podrian intitularse «Fugacidades Científicas», o en frase más libre, «Exhalaciones esporádicas», que nada valen en el firmamento del saber que cubre a esta Augusta Institución.

Mas, porque mi buena fe es tan pura, dignaos permitirme que en conclusión, os hable de un tema que creo tiene alta importancia para los fines que están a cargo de instituciones como ésta.

Cualquiera acepción que se dé a los términos «materia» y «espíritu», siempre se ha tenido por constitutiva

del hombre esa dualidad que se distingue en él.

El hombre no ha tenido necesidad de salir de la tierra para alimentar su materia, pero ha tenido que elevarse a las regiones suprasensibles para alimentar mucho mejor su espíritu. Y así, desde el principio, ha dirigido su conducta entre ambas corrientes, siguiendo esa ley de paralelismo que dijera un sociólogo.

Muchas y grandes alternativas ha tenido entre esas dos inclinaciones fundamentales de su vida, ya haciéndose más al lado del MATERIALISMO, ya al lado del ESPIRITUALISMO, y viceversa.

En la soledad de los bosques exuberantes y umbrosos; el misántropo, el anacoreta; en las orillas del Ganges y en el Templo del Silencio, en la India, los devotos de Brahma; en la cima de las montañas persas: los adoradores de Zoroastro; en las márgenes de los ríos sagrados de la China: los idólatras de Fohi y Kung-Fu-Tseu; los patriarcas de Israel, los esotéricos de la antigua Iniciación: todo el mundo primitivo se desarrolló preferentemente en la vía espiritual; y de aquella contemplación al firma-

mento y de aquella introspección con que el hombre se escudriñaba a sí mismo, y de aquella especial educación de la mente y la voluntad con que se llegó a la clarividencia para *ver* o *leer* el pensamiento de los demás, nació la ciencia de los astros, la Filosofía, la Psicología y todo aquel monumento maravilloso conocido por Ciencia Oculta.

Y la vida era sencilla; el hombre apenas tenía su capa y su albergue, cuando más un rebaño, y esto respecto de pocos.

Pero apenas se acentuó el criterio de la propiedad particular y el sedentarismo, tomó fuerza la corriente hacia la obtención de bienes materiales como base de mejor vida, y se desataron al cabo las primeras guerras por conquista de terreno, y hasta de hombres para constituirlos en riqueza material.

Siguiendo las alternativas que ya sabéis son numerosas, tenemos ocasión de ver ahora un enorme contraste a la vez desconsolador.

Pasando por los tiempos de Marx y refinando un POSITIVISMO exagerado, tenemos a la vista hoy día un materialismo que de seguir en la

progresión que ha traído, acabará por destruir la esencia de la dignidad y la virtud humanas.

Hoy no asciende a un peldaño de la alta sociedad quien sea de pequeño pecunio, porque no podrá sostener las exigencias de ella, y ella misma no admite sino al gran propietario, al gran capitalista. Por la misma fuerza de las cosas, los funcionarios que manejan fondos se garantizan con dinero y no con su honradez. Hasta el crimen se borra u opaca a las veces con dinero. En muchos casos o circunstancias, el carente de riquezas no tiene palabra de honor, no hace fe su dicho, no es garante de nada ni de nadie, porque, repetirlo, la garantía se respalda ahora con propiedades materiales y no con la virtud y la honrra de bien. Háblese de algunos casos que contraríen, pero quedan sólo como contraste.

Así va el mundo. Los criterios basados en el valer material son leyes sociales y se imponen; pero eso no impide que se anatematicen, se ataquen y se les borre.

A consecuencia de una interpretación del positivismo, se llegó al

dogma *liberal*, pero antisociológico, de que la Religión y el Estado deben vivir frente a frente, emancipada aquélla de la ciencia integral del hombre, y aun antagónicos, como si, según antes he dicho, la Religión no fuera una actividad social, cual lo demuestra la historia y el presente, en la influencia que ha ejercido y ejerce y en el curso indetenible que lleva.

De aquella separación surgió la secuela funesta de que el espiritua- lismo quedara refugiado tan sólo en la actividad religiosa, que no ha po- dido detener el avance del materia- lismo que acaso sin percibirlo patro- cinara predominantemente el Estado, restringida su acción a la tutela tan sólo de las otras actividades de la sociedad. Esto lo comprueba la historia, más bien la Sociología con su gran enciclopedia a través del tiempo y el espacio.

Y no habrá profilaxis ni terapéu- tica posibles para ese creciente mal del materialismo, en tanto no se re- hagan las cosas en la armonía en que deben constituirse de nuevo, conciliando la reglamentación de la conducta humana con los elementos

que integran al hombre en el estado actual de su desarrollo.

Y es la Sociología la que ha de operar semejante prodigio, cuando llegue,—como no dudo que llegará—, a inculcarse en cerebros conspicuos y corazones generosos de hombres que desde el Poder y los Centros científicos como éste, formen la conciencia de las naciones.

Trabajemos por esa gran obra, señores, y nos habremos hecho dignos de nuestro origen y de nuestro futuro.

* * *

Yo no he querido, señores, construir un sistema de desintegración y formación históricas de las ciencias ni de la evolución de los hechos humanos. Valga mi exposición como un intento; es una opinión como cualquiera, aunque con criterio defendible; y ni cosa mejor que vuestro intelecto, para juzgarme con la pura justicia, fallando que no he hecho sino un esfuerzo, pero el ma-

yor que me ha sido posible, al impulso de mi gratitud por la elevada honra con que me habéis distinguido.

DIJE.

VICTORINO AYALA.

San Salvador, mayo 17 de 1925.



Oración a la Bandera

«Dios, Unión, Libertad» decís al mundo, desde lo alto del asta erguida. Vida terrena, vida celestial, allí están legisladas. ¿Quién ampara mejor que Vos al hombre?

San Salvador dio un hijo: Delgado; ambos hicieron una obra: la Independencia; y la Patria fué.

El Salvador os dedica a simbolo de su personalidad gloriosa. Sois enseña de un Pueblo pequeño, al que hacéis el más grande por vuestro lema.

El más rico idioma os hace himno, una religión todo amor os bendice, estirpe de héroes os venera, tiernos corazones os cantan.

Toda sois grandeza, cielo y paz ofrecen vuestros colores.

Regazo de nuestro hogar, de nuestros principios y creencias; amparo de nuestros padres, hermanos y amigos: atraed a nuestra patria con vuestros pliegues ondulantes, todos los soplos de felicidad que inspiran el alimento de la vida eterna en frente del Sér Supremo.

Salve insignia sacrosanta de la patria: respeto y amor os ofrendamos,

unidos al más efusivo anhelo porque El Salvador sea tan grande y tan dichoso, cuanto le baste para ser estimado y respetado por el mundo.

Que el culto que juramos a vuestro lema se convierta en culto de la humanidad entera.

Victorino Ayala.

1924



Oración a la Bandera

En vos significamos a nuestra amada patria; en Vos la vemos reverentes.

Delgado, Sirio de nuestro cielo; Arce, acción ardiente, vigorosa, abnegada; Molina, pluma propagadora, vibrante, persuasiva: resumen la actividad de tantas formas con que los muchos patriotas dieron Independencia a Centro América, originando nuestra vida republicana democrática. Y fuisteis Vos el primer símbolo nacional.

El Salvador, nuestra patria pequeña, minúscula por su territorio, pero grande por sus virtudes cívicas, por sus sentimientos de solidaridad con

da

sus Hermanas y de hospitalidad protectora a los Extraños, siempre ha sido Centinela y Baluarte de los augustos principios que hacen la vida feliz y que elevan al alma a la Mansión beatífica de la Gloria Eterna. Y Vos inscribís esos principios.

Integridad: de patria, familia, creencias, aspiraciones, idioma, la amparamos con vuestro lienzo azul de cielo y blanco de luz.

Velad por ella, Lábaro sagrado; velad porque las ideas y los sentimientos que nos legaron nuestros antepasados, se mantengan siempre puros y firmes en nuestros corazones tiernos y llenos de inocencia, purificándolos aún más, para llegar al supremo destino: la inmortalidad.

Devotos vuestros, Insignia veneranda, os juramos hacer culto fervoroso de vuestro lema protector: «Dios, Unión, Libertad».

Victorino Ayala.

1924.



